

Introducción a la semana

Moisés releva a Abrahán en el protagonismo de la primera lectura del domingo; unos y otros nos hacen avanzar en la comprensión de la alianza y en la iniciativa de Yahvé de tomar a su pueblo como heredad. La brevedad de la segunda lectura de este tercer domingo no puede ocultar su hermosa grandeza: Cristo es nuestro mejor signo porque es la fuerza de Dios. Completa el tríptico dominical una peculiar lectura del misterio pascual de Jesús de Nazaret, el que hablaba del templo de su cuerpo. Etapa central del camino cuaresmal que es una útil posta para reponer fuerzas en esta subida de la comunidad hacia Jerusalén.

El lunes inicia el recorrido semanal con dos lecturas que se necesitan la una a la otra; es el episodio del sirio Naamán que, guiado por Eliseo, reconoce la acción salvadora más allá de fronteras empequeñecedoras de la bondad de Dios. Azarías nos regala, en las páginas de Daniel, una sentida oración del que sólo pone en Dios su confianza, siendo contrapunto del horizonte cristiano que se saborea en el perdón constante, setenta veces siete. Vuelve la alianza de Dios con su pueblo en boca de Moisés y, además, presumiendo de tener el pueblo de Israel a su Dios más cercano que cualquier otro pueblo; y tal cercanía la traduce el evangelio en el respeto absoluto de la nueva ley, la del amor, donde no hay detalles menos importantes.

El jueves adopta un estilo no tanto negativo, cuanto propio del que se empeña en no escuchar la voz del Señor y deja que su corazón sea invadido por el mal, con lo que es muy difícil que fermente la semilla del Reino. La vuelta al Señor, el rechazo de los ídolos, la acogida complaciente del Señor que se sabe reconocido en el corazón de sus hijos marca el tono penitencial del viernes. Y cierra la semana con una de las mejores claves de la nueva forma de dar culto a un Dios que es, por encima de todo, Padre de todos: quiere de cada uno de sus hijos un corazón de carne, cercano, misericorde, antes que holocaustos y sacrificios, de los que se confiesa bastante hartos y defraudados; por eso quien se acerca a Dios con estilo compasivo será bendecido por la gracia de un Padre que nos enaltece con su amor perdonador.

Impulsos de vida que la Palabra nos brinda en el éxodo de nuestra cuaresma: no perdamos de vista el horizonte gozoso de la Pascua.

Lun
24
Mar
2014

Evangelio del día

[Tercera semana de Cuaresma](#)

“Ningún profeta es bien mirado en su tierra”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Reyes 5, 1-15a

En aquellos días, Naamán, jefe del ejército del rey de Siria, era hombre notable y muy estimado por su señor, pues por su medio el Señor había concedido la victoria a Siria.

Pero, siendo un gran militar, era leproso.

Unas bandas de arameos habían hecho una incursión trayendo de la tierra de Israel a una muchacha, que pasó al servicio de la mujer de Naamán. Dijo ella a su señora:

«Ah, si mi señor pudiera presentarse ante el profeta que hay en Samaría. Él lo curaría de su lepra».

Fue (Naamán) y se lo comunicó a su señor diciendo:

«Esto y esto ha dicho la muchacha de la tierra de Israel».

Y el rey de Siria contestó:

«Vete, que yo enviaré una carta al rey de Israel».

Entonces tomó en su mano diez talentos de plata, seis mil siclos de oro, diez vestidos nuevos y una carta al rey de Israel que decía:

«Al llegar a esta carta, sabrás que te envío a mi siervo Naamán para que lo cures de su lepra».

Cuando el rey de Israel leyó la carta, rasgó sus vestiduras, diciendo:

«¿Soy yo Dios para repartir vida y muerte? Pues me encarga nada menos que curar a un hombre de su lepra. Daos cuenta y veréis que está buscando querrela contra mí».

Eliseo, el hombre de Dios, oyó que el rey de Israel había rasgado sus vestiduras y mandó a que le dijeran:

«Por qué has rasgado tus vestiduras? Que venga a mí y sabrá que hay un profeta en Israel».

Llegó Naamán con sus carros y caballos y se detuvo a la entrada de la casa de Eliseo. Envío este un mensajero a decirle:

«Ve y lávate siete veces en el Jordán. Tu carne renacerá y quedarás limpio».

Naamán se puso furioso y se marchó diciendo:

«Yo me había dicho: “Saldrá seguramente a mi encuentro, se detendrá, invocará el nombre de su Dios, frotará con su mano mi parte enferma y sanaré de la

lepra". El Abaná y el Farfar, los ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? Podría bañarme en ellos y quedar limpio».

Dándose la vuelta, se marchó furioso. Sus servidores se le acercaron para decirle:

«Padre mío, si el profeta te hubiese mandado una cosa difícil, ¿no lo habrías hecho? ¡Cuánto más si te ha dicho: "Lávate y quedarás limpio"!».

Bajó, pues, y se bañó en el Jordán siete veces, conforme a la palabra del hombre de Dios. Y su carne volvió a ser como la de un niño pequeño: quedó limpio.

Naamán y toda su comitiva regresaron al lugar donde se encontraba el hombre de Dios. Al llegar, se detuvo ante él exclamando:

«Ahora conozco que no hay en toda la tierra otro Dios que el de Israel».

Salmo de hoy

Salmo 41, 2. 3; 42, 3. 4 R/. Mi alma tiene sed del Dios vivo: ¿cuándo veré el rostro de Dios?"

Como busca la cierva corrientes de agua,
así mi alma te busca a ti, Dios mío. R/.

Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios? R/.

Envía tu luz y tu verdad:
que ellas me guíen
y me conduzcan hasta tu monte santo,
hasta tu morada. R/.

Me acercaré al altar de Dios,
al Dios de mi alegría;
y te daré gracias al son de la cítara,
Dios, Dios mío. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 4, 24-30

Habiendo llegado Jesús a Nazaret, le dijo al pueblo en la sinagoga:

«En verdad os digo que ningún profeta es aceptado en su pueblo. Puedo aseguraros que en Israel había muchas viudas en los días de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías sino a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, sin embargo, ninguno de ellos fue curado sino Naamán, el sirio».

Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo echaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta un precipicio del monte sobre el que estaba edificado su pueblo, con intención de despeñarlo.

Pero Jesús se abrió paso entre ellos y seguía su camino.

Reflexión del Evangelio de hoy

"No hay Dios en toda la tierra más que el de Israel"

El rey de Siria y el de Israel recelan una vez más el uno del otro y no puede ocultar el israelita la molestia que le produce recibir una carta del sirio, al ver en ella una provocación de su colega. Interviene el profeta Eliseo no solo para calmar al rey y sanar de la lepra a Naamán, el general sirio, sino para demostrar la excelencia del verdadero Dios, cuya fuerza salvadora sobrepasa los estrechos límites de Israel. Pero el alto cargo sirio esperaba un ritual acorde con la dignidad de su cargo y, por supuesto, llevado a cabo por el propio profeta, al modo como los servidores de Baal lo celebraban con todo tipo de exorcismos y espectacularidad. Pero Eliseo lo manda que se bañe siete veces en el Jordán, solo eso. ¿Qué pretende demostrar el profeta israelita? Algo tan sencillo como que no es él, el profeta, el que tiene poder para hacer tal curación, sino solo el Dios de Israel. Y, claro, Naamán se siente ninguneado y no duda en despreciar el dictado del profeta. Pero, al fin, y haciendo oídos a la sensatez de sus criados, obedece a Eliseo y confiando en la palabra del profeta es curado de la lepra. Agradecido reconoce que solo el Dios de Israel es el verdadero Dios pues ha obrado el prodigio de dejarle la piel tan limpia como la de un niño.

"Ningún profeta es bien mirado en su tierra"

Tras haberse Jesús autoasignado el certero texto de Isaías según el cual el Espíritu del Señor está sobre él, experimenta en sí mismo la perplejidad, cuando no la incompreensión, de sus paisanos nazarenos. Ya no es la adhesión inquebrantable a Jesús de Nazaret que suponían algunos, sino el inicio de un itinerario de repulsa que lo abocará a la muerte. Ante la escéptica reacción de sus paisanos que casi le piden se convierta en un hombre-show, el evangelio coloca a Jesús en la línea de los profetas israelitas al tiempo que se apunta el hecho de que compartirá el sino del justo perseguido. El Maestro evoca, entonces, dos episodios, uno de Elías y otro de Eliseo, que se orientan a un Dios de todos y no solo recortado en su estrecho nacionalismo ni obligado en exclusiva a satisfacer la escasa gloria del paisanaje. Jesús nos dice que nuestro Padre Dios salva por su palabra sanadora y de gracia, por acoger la Buena Noticia que, como tal, se da a todas las criaturas más allá de las etiquetas interesadas y nacionalistas. El cumplirse hoy el oráculo de Isaías dicho por Jesús en la sinagoga de Nazaret significa sencillamente que sus palabras no se quedan en relato más o menos sagrado sino en realidad salvadora: que Dios es Padre y salva, que no es propiedad de un pueblo o de un grupo, sino de todos los que buscan su rostro y en su bondad de Padre confían. El Dios de Jesús de Nazaret no admite, de entrada, todo

aquello que hemos in-ventado para excluir a los otros en nombre de Dios, antes al contrario, se remueve en su propio corazón cuando los humanos hemos querido domesticarlo, cuando no secuestrarlo, en nombre de instituciones, ejercicio de poder, incluso deter-minaciones religiosas. La vocación de universalidad, pura gracia, que manifiesta el Dios de Jesús, Padre antes que nada, es un inmenso capital que la comunidad creyente haría muy bien en disfrutar y difundir.



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Mar
25
Mar
2014

Evangelio del día

[Tercera semana de Cuaresma](#)

Hoy celebramos: **Anunciación del Señor**

“Aquí está la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra.”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 7, 10-14; 8, 10b

En aquellos días, el Señor habló a Acáz y le dijo:

«Pide una signo al Señor, tu Dios: en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo».

Respondió Acáz:

«No lo pido, no quiero tentar al Señor».

Entonces dijo Isaías:

«Escucha, casa de David: ¿no os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a mi Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará un signo. Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, porque con nosotros está Dios».

Salmo de hoy

Salmo 39, 7-8a. 8b-9. 10. 11 R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios,
entonces yo digo: «Aquí estoy». R/.

«-Como está escrito en mi libro-
para hacer tu voluntad.»
Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas. R/.

He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios, Señor, tú lo sabes. R/.

No me he guardado en el pecho tu justicia,
he contado tu fidelidad y tu salvación,
no he negado tu misericordia y tu lealtad
ante la gran asamblea. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 10, 4-10

Hermanos:

Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados.

Por eso, cuando Cristo entró en el mundo dice:

«Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas,
pero me formaste un cuerpo;
no aceptaste holocaustos
ni víctimas expiatorias.

Entonces yo dije: He aquí que vengo

-pues está escrito en el comienzo del libro acerca de mí-
para hacer, ¡oh, Dios!, tu voluntad».

Primero dice: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias», que se ofrecen según la ley.

Después añade: «He aquí que vengo para hacer tu voluntad».

Niega lo primero, para afirmar lo segundo.

Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 26-38

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

El ángel, entrando en su presencia, dijo:

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo».

Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo:

«No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin».

Y María dijo al ángel:

«¿Cómo será eso, pues no conozco varón?».

El ángel le contestó:

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque “para Dios nada hay imposible”».

María contestó:

«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

Y el ángel se retiró.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”

¿Y cuál es la voluntad de Dios?

Que proclamemos su mensaje de vida para todos con nuestra vida.

Que no cerremos los labios ante la pobreza, la opresión, la desigualdad, el maltrato, el dominio, el poder, la intolerancia, ante la injusticia, ante la indignidad, ante la falta de vida.

Que no busquemos el prestigio, sino el servicio.

Que no nos esclavice el dinero, el poder, el poseer.

Que no utilicemos a Dios como moneda de cambio.

Que nos encontremos en y con el otro. Dios espera nuestra capacidad de compartir.

Que no abusemos de nosotros mismos; que nos cuidemos, nos respetemos, crezcamos.

Que pensemos en Él.

Que disfrutemos la alegría de su encuentro; que le busquemos en la oscuridad y en la duda.

Que nos creamos, de verdad, que SIEMPRE está y estará a nuestro lado respetando nuestra libertad.

Que nos creamos, de verdad, que nos quiere como somos con nuestras riquezas y miserias, con nuestras dependencias y ataduras; que cree en nuestra grandeza.

Que su misericordia nos empuje a la misericordia con nuestras manos y mentes abiertas.

Que su amor nos empuje al amor.

Dios no quiere ritos, sacrificios, ofrendas, cumplimientos, ni leyes vacíos de corazón.

Dios espera mucho más. Dios nos espera a nosotros. Sabe esperar y tiene mucha paciencia porque está convencido de que llegaremos a Él; no importa el camino, llegaremos.

“No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo”

Llamada y respuesta; revelación y acogida; elección y responsabilidad; misión y compromiso. Esta es la secuencia.

La solemnidad de la Anunciación del Señor nos narra el encuentro maravilloso entre Dios y el hombre, representado en María que acepta la voluntad del Señor. El momento en que Dios hace realidad su decisión de venir al encuentro del hombre de una forma concreta, palpable y transformadora.

En la casa de Nazaret reinaban la paz, el silencio, el trabajo, el amor en medio de las ocupaciones cotidianas. El ángel encontró a María en la disposición necesaria para comunicar su mensaje. María, escucha la palabra, la acoge, la interioriza, la hace suya, la guarda en su corazón. Y esa palabra, aceptada en lo profundo, se hace vida.

María no dudó. Simplemente pidió una explicación: «¿Cómo puede suceder eso?». No había tiempo para pensar las cosas con profundidad. No era posible prever todas las consecuencias de su decisión. Hizo lo único que podía hacer en aquellas circunstancias: dijo «Sí» a la propuesta de Dios.

Su respuesta no solo fue pronta y sin reservas, sino gozosa. Ella aceptó el don divino a favor de todos nosotros; y la humanidad asintió, con ella, a su salvación.

Como Dios quiso necesitar de María, también quiere contar con nosotros. Dios quiere que de nuestra boca y de nuestro corazón brote también un «Sí» generoso. Del «FIAT» de María dependía la salvación de todos los hombres. Del nuestro, ciertamente no. Pero es verdad que la felicidad, la dignidad, el futuro, la esperanza de muchos hombres está íntimamente ligada a nuestra generosidad.

Cada día es una oportunidad para que nosotros también pronunciemos un «fiat» lleno de amor a Dios, en las pequeñas y grandes cosas. El ejemplo de María nos ilumina y nos guía. Nos da la certeza de que aunque a veces sea difícil abandonarnos a Dios, confiar y creer nos llenará de felicidad verdadera y de paz.

Quizá sintamos temor. El temor es algo natural ante lo que nos sobrepasa, ante lo que escapa a nuestro control. A los hombres nos da miedo comprometer el futuro. La búsqueda de la seguridad es un signo de nuestro tiempo. Nos da miedo hipotecar nuestra persona, arriesgar a causa del Evangelio, sin otra garantía que una llamada y una elección. También María, la elegida y predilecta de Dios, se turbó; sintió el cosquilleo del miedo. Pero a ella el miedo no la inhibió ni paralizó su búsqueda de lo que Dios quería. ¿Y a nosotros?



Dña. María Teresa Fernández Baviera, OP
Fraternidad Laical Dominicana deTorrent (Valencia)

Anunciación del Señor

El escenario

Con motivo de esta fiesta, podemos realizar un viaje espiritual al lugar de la Anunciación de María y Encarnación del Hijo de Dios. Cuando llegamos a Nazaret, lo primero que nos llama la atención es la cúpula que corona la basílica de la Anunciación. Con razón ha sitio comparada al cáliz de un in-menso lirio invertido.

Al acercarnos a la basílica todo nos habla de María. Las do-cenas de brillantes mosaicos, que rodean el atrio a modo de claustro, dedicados a las vírgenes patronas de diversos países. Los bajorrelieves que adornan las fachadas del templo. Y una vez en el interior, las pinturas, las vidrieras, los mosaicos y, sobre todo, la letra "M" que se repite una y otra vez en lo alto de los techos y cie las bóvedas. Todo respira un profundo ambiente que invita al recogimiento y a la oración, que se acentúa, sobre todo, en la cripta.

Precisamente en ese plano inferior se encuentra el lugar más importante de todo el conjunto basilical: restos de un antiguo baptisterio, el basamento que marca el perímetro de la iglesia bizantina y, finalmente, la cueva de la Anunciación. He aquí uno de los lugares más atrayentes para el cristiano que, paradójicamente, se nos presenta revestido de una asombrosa sencillez y pobreza. Una inscripción grabada sobre el mármol del frontal del altar nos recuerda: Aquí el Verbo de Dios se hizo carne».

Nunca deberíamos olvidar la centralidad de este mensaje tan escueto como fundamental para nuestra fe. La fiesta de la Anunciación a María es también, e indisolublemente, la fiesta de la Encarnación del Verbo de Dios. Es éste el acontecimiento que hace girar los siglos. El comienzo de nuestra salvación. Dios ha entrado en la historia humana. Por medio de la Anunciación a María, Dios se ha hecho hombre para que los hombres podamos participar en la naturaleza divina. La luz ha venido a irrumpir en el mundo de las tinieblas.

Como escribía el papa San León Magno en una carta que la Iglesia lee en este día: «El que es Dios verdadero nace como hombre verdadero, sin que falte nada a la integridad de su naturaleza humana, conservando la totalidad cie la esencia que le es propia y asumiendo la totalidad de nuestra esencia humana. Y, al decir nuestra esencia humana, nos referimos a la que fue plasmada en nosotros por el Creador, y que él asume para restaurarla».

Siglos más tarde, en un delicioso sermón predicado en la fiesta de la Anunciación, se preguntaba San Juan de Ávila cómo habría de llamar a este día. Sus mismas preguntas, por retóricas que sean, constituyen ya el esbozo para una excelente y profunda catequesis:

'Si le llamamos día del remedio del mundo, eslo; si día de redempción de captivos, eslo; si le llamamos día de desposorios, eslo; si día de dar grandes limosnas, eslo también. El que supo la misericordia, aquél sea el que nos dé a entender el día que es hoy y nos dé a entender cuán grande sea la gracia que hoy recibió el mundo, y la ponga en nuestros corazones, para que la conozcamos.»

Una vida entera no nos bastaría para contemplar la magnitud de este misterio que ha cambiado la suerte de la historia humana.

Ante el misterio

En la cueva de Nazaret algunos peregrinos antiguos deja-ron sus graffiti como señal de su visita a un lugar que muy pronto debieron de considerar como venerable. Los expertos han logrado descifrar uno de ellos que aquí interesa recordar: «¡aire», es decir: «alégrate», «Dios te salve», «Ave», Esas palabras del ángel se han convertido en saludo y oración para los cristianos: Ave María, la llena de gracia, el Señor está contigo. En ti y por ti Dios se nos ha hecho Enmanuel, «Dios con nosotros».

Los antiguos padres de la Iglesia gustaron de comparar a María con Eva. Es bien conocido el texto de San Ireneo en el que afirma que 'el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María». Otros, como San Jerónimo o San Juan Crisóstomo, repitieron una y otra vez que si »la muerte vino por Eva, la vida nos vino por María».

La cueva de la Anunciación, en Nazaret, está cerrada por una verja que parece querer evocar la zarza ardiente en la que Dios se mostró a Moisés. Y con razón, puesto que aquí Dios se hace presente y salvador para siempre. En el sermón mencionado al comienzo, San Juan de Ávila compara la encarnación del Señor con el episodio de la manifestación de Dios a Moisés en la zarza que ardía en el desierto. En ambos casos, Dios daba muestras de interesarse por la suerte humana. Pero si en un caso seguía siendo Dios «sin que le costase nada», en el otro se comprometía hasta el fin, asumiendo la suerte del hombre:

«Hombres, no es ya razón tener el corazón de piedra, sino de carne, pues el Verbo de Dios es hecho carne por nosotros hombres y por nuestra salud. Dios encarnó y fue hecho hombre. Acullá se queda en la zarza, y no tocan a él; acá desciende de los cielos y queda hecho hombre.»

En aquel mismo siglo, San Juan de la Cruz plasmaba en un romance, sencillo y profundo a la vez, su alta contemplación de este misterio:

«Entonces llamó a un arcángel que San Gabriel se decía y enviolo a una doncella que se llamaba María, de cuyo consentimiento el misterio se hacía; en la cual la Trinidad de carne al Verbo vestía; y aunque tres hacen la obra, en el uno se hacía; y quedó el Verbo encarnado en el vientre de María. Y el que tenía sólo Padre, ya también Madre tenía, aunque no como cualquiera que de varón concebía, que de las entrañas de ella él su carne recibía; por lo cual Hijo de Dios y de el hombre se decía.»

El Concilio Vaticano II ha dedicado al misterio de la Anunciación de María unas hermosas y profundas consideraciones que podemos recordar en la celebración de esta fiesta. En ellas se subraya especialmente la libre cooperación de María con el designio salvador de Dios:

«El Padre de las Misericordias quiso que precediera a la Encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, así también contribuyese a la vida (...). La Virgen Nazarena es saludada por el ángel por mandato de Dios como "llena de gracia" (cf. Lc 1, 28), y ella responde al enviado celestial: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Así María, hija de Adán, aceptando la palabra divina, fue hecha Madre de Jesús, y abrazando la voluntad salvífica de Dios con generoso corazón y sin impedimento de pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la Persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención con él y bajo él, por la gracia de Dios omnipotente» (LG 56).

Esta contemplación del misterio de la Encarnación ha alimentado la espiritualidad de los cristianos y ha orientado su presencia activa en el mundo. La Iglesia, imitando de lejos al Verbo de Dios, trata de encarnarse en las realidades de este mundo con el fin de renovarlo con la gracia de su Señor.

En un día como éste, el cristiano encuentra especial sentido a la recitación de una antigua antifona mariana titulada *Alma Redemptoris Mater*:

*Madre del Redentor, virgen fecunda,
puerta del cielo siempre abierta,
estrella del mar,
ven a librar al pueblo que tropieza y quiere levantarse.*

*Ante la admiración de cielo y tierra,
engendraste a tu santo Creador,
y permaneces siempre virgen.
Recibe el saludo del ángel Gabriel,
y ten piedad de nosotros, pecadores.»*

José Román Flecha Andrés.

Miércoles
26
Marzo
2014

Evangelio del día

[Tercera semana de Cuaresma](#)

“¡¡Escucha y vive lo descubierto!!”

Primera lectura

Lectura del libro del Deuteronomio 4, 1. 5-9

Moisés habló al pueblo, diciendo:

«Ahora, Israel, escucha los mandatos y decretos que yo os enseño para que, cumpliéndolos, viváis y entréis a tomar posesión de la tierra que el Señor, Dios de vuestros padres, os va a dar.

Mirad: yo os enseño los mandatos y decretos, como me mandó el Señor, mi Dios, para que los cumpláis en la tierra donde vais a entrar para tomar posesión de ella.

Observadlos y cumplidlos, pues esa es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos, los cuales, cuando tengan noticia de todos estos mandatos, dirán:

“Ciertamente es un pueblo sabio e inteligente esta gran nación”.

Porque ¿dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?

Y ¿dónde hay otra nación tan grande que tenga unos mandatos y decretos tan justos como toda esta ley que yo os propongo hoy?

Pero, ten cuidado y guárdate bien de olvidar las cosas que han visto tus ojos y que no se aparten de tu corazón mientras vivas; cuéntaselas a tus hijos y a tus nietos».

Salmo de hoy

Salmo 147, 12-13. 15-16. 19-20 R/. Glorifica al Señor, Jerusalén

Glorifica al Señor, Jerusalén;
alaba a tu Dios, Sión.
Que ha reforzado los cerrojos de tus puertas,

y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. R/.

Él envía su mensaje a la tierra,
y su palabra corre veloz;
manda la nieve como lana,
esparce la escarcha como ceniza. R/.

Anuncia su palabra a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel;
con ninguna nación obró así,
ni les dio a conocer sus mandatos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 17-19

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud.

En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley.

El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos.

Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos».

Reflexión del Evangelio de hoy

"Escucha y práctica"

En este texto del Deuteronomio, Moisés, en los umbrales de la tierra prometida, recuerda al pueblo de Israel escuchar y practicar las leyes. La ley divina corresponde a la voluntad de Dios para con su pueblo.

Moisés, como mediador entre Dios y su pueblo, sabe que este no ha brillado por su fidelidad a Dios, sino más bien por su testarudez y por desear otros dioses, colocando su confianza en ellos. Por ello les exhorta a escuchar y practicar, estos dos verbos están unidos intrínsecamente. Le insiste a una escucha activa, pasando por el corazón, que les movilice a vivir lo escuchado.

El Dios de los antepasados ha sido fiel, les ha acompañado y sostenido hasta llegar a los umbrales de la tierra prometida. Ahora al pueblo de Israel le toca comprometerse a acoger y vivir la voluntad de Dios transmitida por Moisés. Vivir en la tierra prometida aparece condicionada, "les enseño a practicar para que vivan y entren en posesión de la tierra"

A través de esta lectura se actualiza hoy la invitación a escuchar y practicar lo que Dios quiere para cada una y cada uno de nosotros, invitación personal y comunitariamente.

"He venido a dar plenitud"

El evangelio de Mateo está dirigido a una comunidad cristiana donde conviven personas de origen judío y origen pagano, tienen diferentes opiniones para interpretar la ley. Los fariseos y maestros de la ley la interpretaban centrándose en la casuística y en el simple cumplimiento externo, viviendo esto ya eran fieles a la Ley, a Dios.

Jesús no elimina las leyes, vivió más allá de la Ley e invita a ir más allá de la letra, de lo legal, hasta descubrir el espíritu. Las leyes de Dios han sido concebidas para el servicio de los seres humanos, buscan el Reino de los Cielos. Esta experiencia de Jesús sobre la Ley, lejos de contentarse con el cumplimiento literal de preceptos y normas nos lleva a involucrarnos y preguntarnos por ¿Dios a qué me llama hoy? ¿Qué espera de mí? Implica nuestra apertura a descubrir y dejarnos transformar desde lo profundo.



Hna. Nérida Armas Tejera O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

Evangelio del día

[Tercera semana de Cuaresma](#)

“El Reino de Dios ha llegado a vosotros”

Primera lectura

Lectura del libro de Jeremías 7,23-28:

Esto dice el Señor:

«Esta fue la orden que di a mi pueblo:

“Escuchad mi voz, Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo. Seguid el camino que os señalo, y todo os irá bien”.

Pero no escucharon ni hicieron caso. Al contrario, caminaron según sus ideas, según la maldad de su obstinado corazón. Me dieron la espalda y no la cara.

Desde que salieron vuestros padres de Egipto hasta hoy, os envié a mis siervos, los profetas, un día tras otro; pero no me escucharon ni me hicieron caso. Al contrario, endurecieron la cerviz y fueron peores que sus padres.

Ya puedes repetirles este discurso, seguro que no te escucharán; ya puedes gritarles, seguro que no te responderán. Aun así les dirás:

“Esta es la gente que no escuchó la voz del Señor, su Dios, y no quiso escarmentar. Ha desaparecido la sinceridad, se la han arrancado de la boca”.

Salmo de hoy

Salmo 94,1-2.6-7.8-9 R/. Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón»

Venid, aclamemos al Señor,
demos vítores a la Roca que nos salva;
entremos a su presencia dándole gracias,
aclamándolo con cantos. R/.

Entrad, postrémonos por tierra,
bendiciendo al Señor, creador nuestro.
Porque él es nuestro Dios,
y nosotros su pueblo,
el rebaño que él guía. R/.

Ojalá escuchéis hoy su voz:
«No endurezcáis el corazón como en Meribá,
como el día de Masá en el desierto;
cuando vuestros padres me pusieron a prueba
y me tentaron, aunque habían visto mis obras». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 11,14-23

En aquel tiempo, estaba Jesús echando un demonio que era mudo.

Sucedió que, apenas salió el demonio, empezó a hablar el mudo. La multitud se quedó admirada, pero algunos de ellos dijeron:

«Por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios, echa los demonios».

Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo del cielo. Él, conociendo sus pensamientos, les dijo:

«Todo reino dividido contra sí mismo va a la ruina y cae casa sobre casa. Si, pues, también Satanás se ha dividido contra sí mismo, ¿cómo se mantendrá su reino? Pues vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belzebú. Pero, si yo echo los demonios con el poder de Belzebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros.

Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros, pero, cuando otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte su botín.

El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Caminad por mi camino para que os vaya bien”

La lectura de hoy comienza con una declaración solemne por parte de Dios: “Esto dice el Señor”, y proclama a continuación los términos de la alianza. Es una manifestación solemne de la voluntad de Dios y esto no admite apelación.

Sin embargo el pueblo, reiteradamente, se aleja de este camino, endureciendo el corazón, no aceptando la voluntad del Señor, conculcando así lo que había dicho en otro tiempo: “Haremos todo lo que ha dicho el Señor y le obedeceremos” (Ex. 19, 3ss.).

Todas las bendiciones de la Alianza están resumidas en la frase “te irá bien” (Jr. 7,23). A cambio sólo se nos pide obediencia plena y reconocimiento a Dios. Muchas veces vemos en los mandatos del Señor un camino de prescripciones que coartan nuestra libertad, de sometimiento servil, mandamientos que impiden nuestra realización personal.

Nada más lejos de la realidad. Los mandatos del Señor son un camino de felicidad, de libertad, de crecimiento personal. Sólo si se viven desde este criterio, desde el don y la entrega al Señor porque Él es nuestro Dios, desde la sinceridad y lealtad a Dios, podremos encontrar el sentido del “os irá bien”. Podremos cantar con el Salmo: “los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón”.

“El que no está conmigo está contra Mí”

Nuevamente vemos que las acciones de Jesús suscitan reacciones encontradas; unos se admiran, otros se mantienen escépticos y piden una señal del cielo, y otros se ponen radicalmente en contra. La vida del cristiano es así muchas veces, nunca podremos contentar a todos y suscitar la simpatía en todos, ya que el mensaje del Reino no deja indiferente a nadie; la oposición es inevitable.

Dicen los Santos Padres al comentar esta perícopa del Evangelio, que Lucas, nos está presentando a Jesús como el nuevo y más grande profeta que prometió Moisés (Dt. 18,15), que renovarían centuplicados los prodigios del Éxodo; que actuaría –como Moisés- con el poder de Dios (“con el dedo de Dios”) y por eso el Reino de Dios ha llegado a nosotros.

El Papa Francisco dice sobre este Evangelio que podemos sacar de él dos certezas. La primera es que el demonio está contra Jesús, la amenaza es real, está en juego nuestra salvación eterna, no podemos ser ingenuos ni incautos. La segunda certeza es la necesidad de la vigilancia; ¿cómo custodiamos la gracia y el don del Espíritu Santo que se nos ha dado? (ver homilía del 11 de Octubre de 2013 en Santa Marta).

En la primera parte de este capítulo 11 de S. Lucas, Jesús enseñó a sus discípulos a orar, llamando Padre a Dios. Esta es la mejor arma para expulsar al demonio de nuestro corazón; el vacío que el enemigo deja en nuestro interior, debe ser llenado sólo por el Mesías, ése Otro más fuerte que custodia la casa. Ya lo dice S. Agustín: “todo hombre cobija en su interior un vacío con forma de Dios que sólo Dios puede llenar plenamente”.



MM. Dominicas
Monasterio de Santa Ana (Murcia)

Vie
28
Mar
2014

Evangelio del día

[Tercera semana de Cuaresma](#)

“Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Oseas 14, 2-10

Esto dice el Señor:

«Vuelve, Israel, al Señor tu Dios,
porque tropezaste por tu falta.

Tomad vuestras promesas con vosotros,
y volved al Señor.

Decidle: “Tú quitas toda falta,
acepta el pacto.

Pagaremos con nuestra confesión:
Asiria no nos salvará,

no volveremos a montar a caballo,
y no llamaremos ya 'nuestro Dios'
a la obra de nuestras manos.
En ti el huérfano encuentra compasión".

"Curaré su deslealtad,
los amaré generosamente,
porque mi ira se apartó de ellos.

Seré para Israel como el rocío,
florecerá como el lirio,
echará sus raíces como los cedros del Líbano.

Brotarán sus retoños
y será su esplendor como el olivo,
y su perfume como el del Líbano.

Regresarán los que habitaban a su sombra,
revivirán como el trigo,
florecerán como la viña,
será su renombre como el del vino del Líbano.

Efraín, ¿qué tengo que ver con los ídolos?
Yo soy quien le responde y lo vigila.
Yo soy como un abeto siempre verde,
de mí procede tu fruto".

¿Quién será sabio, para comprender estas cosas,
inteligente, para conocerlas?

Porque los caminos del Señor son rectos:
los justos los transitan,
pero los traidores tropiezan en ellos».

Salmo de hoy

Salmo 80, 6c-8a. 8bc-9. 10-11ab. 14 y 17 R/. Yo soy el Señor, Dios tuyo; escucha mi voz

Oigo un lenguaje desconocido:
«Retiré sus hombros de la carga,
y sus manos dejaron la espuerta.
Clamaste en la aflicción, y te libré. R/.

Te respondí oculto entre los truenos,
te puse a prueba junto a la fuente de Meribá.
Escucha, pueblo mío, doy testimonio contra ti;
¡ojalá me escuchases, Israel! R/.

No tendrás un dios extraño,
no adorarás un dios extranjero;
yo soy el Señor, Dios tuyo,
que te saqué del país de Egipto. R/.

¡Ojalá me escuchase mi pueblo
y caminase Israel por mi camino!
Los alimentaría con flor de harina,
los saciaría con miel silvestre». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 12, 28b-34

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó:
«¿Qué mandamiento es el primero de todos?».

Respondió Jesús:

«El primero es: "Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo es este: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que estos».

El escriba replicó:

«Muy bien, Maestro, sin duda tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el

entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios».

Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo:
«No estás lejos del reino de Dios».

Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Reflexión del Evangelio de hoy

Oseas nos habla hoy de lo distinta que es la conducta de Dios y la nuestra. Nosotros somos infieles; Dios, dándose cuenta, perdona y, si en algún momento castiga, no es por herir sino para que el hombre recapacite más fácilmente y se convierta. Pero, Oseas llega a decir esto mismo no ya con palabras, sino con su vida, perdonando la infidelidad de su esposa y readmitiéndola en el hogar.

Jesús continúa en el Evangelio la idea de Oseas, colocando el amor como lo primero y la culminación de la Ley entera. Lo hace contestando a un letrado que le pregunta qué mandamiento es el primero de todos.

“Nadie tiene el monopolio del Reino”

“No estás lejos del Reino de Dios”, dice Jesús al letrado, viendo su interés por lo recto y lo prioritario. Al joven rico, que fue a él también con buena voluntad, acabó diciéndole: “Vete, vende lo que tienes... y sígueme”. En ambos casos se da por supuesto que aquellos buscadores de verdad y perfección conocen y cumplen la Ley. Pero, en ambos casos también, Jesús les dice que no basta, que todavía no han llegado. Y les anima a seguirle y entrar en el Reino de Dios.

También nosotros, buscadores de lo auténtico y cumplidores de nuestras obligaciones, tenemos el peligro de pensar que ya estamos en el Reino. Más todavía, que el Reino nos pertenece, es nuestro. Y nos vendría bien una cierta cura de humildad y recibir como dichas para nosotros las palabras de Jesús: “No estás lejos del Reino de Dios”.

Pero, todavía no. Nadie puede decir que ha llegado al Reino hasta el final. Mientras estamos de camino, lo vislumbramos, podemos otear su contorno, y, si somos sinceros y honrados, podemos también reconocer que nos faltan matices, que hay valores y actitudes que esperamos llegar a que sean una realidad en nosotros. También en esto todos tenemos algo del “homo viator”, siempre en camino, siempre esperando y, sobre todo, siempre confiando.

“Mejor que todos los holocaustos y sacrificios”

Los holocaustos y sacrificios están bien; ir a misa, hacer la Novena a la Santa Patrona, ir de romería al Santuario donde siempre hemos ido... está bien. Está muy bien cuando es resultado y efecto del amor a Dios y al prójimo. Porque, como muy bien dice el letrado, estos valen más que todos los holocaustos y sacrificios. Pero, si faltara este amor, en ambas vertientes, aquellos no servirían gran cosa. Se trata de armonizar nuestra espiritualidad con la luz del Espíritu Santo. Se trata de absolutizar sólo a Dios y a lo teologal; y, en su comparación, relativizar todo lo demás. Dos cosas aparentemente chocantes:

¿Es el amor un mandamiento? ¿Amar por decreto? Pues sí. Según Jesús el primero de los mandamientos. ¿Entonces el amor no es un acto deliberado, espontáneo y libre? Todo depende de qué entendemos por amor, ya que con esta palabra se puede uno referir al egoísmo más inhumano y a la entrega más bondadosa y compasiva. Jesús se refiere al amor “samaritano” y al amor “filial” a su Padre, Dios.

Choca también de entrada que el letrado pregunte por el primer mandamiento y que Jesús conteste con el segundo, equiparándolo –semejante- al primero. O sea, que “amar al prójimo” es semejante a “amar a Dios”. Y, por si quedaban dudas, oigamos a San Juan: “Si alguno dice “Amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve” (I Jn 4,20-21). Como si el amor al hermano validara y, en ese sentido, estuviera por delante, del amor a Dios.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Sáb

29

Mar

2014

Evangelio del día

[Tercera semana de Cuaresma](#)

“¡Volvamos al Señor!”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Oseas 6, 1-6

Vamos, volvamos al Señor.

Porque él ha desgarrado,
y él nos curará;
él nos ha golpeado,
y él nos vendará.

En dos días nos volverá a la vida
y al tercero nos hará resurgir;
viviremos en su presencia
y comprenderemos.

Procuremos conocer al Señor.
Su manifestación es segura como la aurora.

Vendrá como la lluvia,
como la lluvia de primavera
que empapa la tierra».

¿Qué haré de ti, Efraín,
qué haré de ti, Judá?

Vuestro amor es como nube mañanera,
como el rocío que al alba desaparece.

Sobre una roca tallé mis mandamientos;
los castigué por medio de los profetas
con las palabras de mi boca.

Mi juicio se manifestará como la luz.

Quiero misericordia y no sacrificio,
conocimiento de Dios, más que holocaustos.

Salmo de hoy

Salmo 50, 3-4. 18-19. 20-21ab R/. Quiero misericordia, y no sacrificio

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado. R/.

Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querías.
El sacrificio agradable a Dios
es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú, oh, Dios, tú no lo desprecias. R/.

Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 18, 9-14

En aquel tiempo, dijo Jesús esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás:

«Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior:

“Oh, Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”.

El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “Oh, Dios!, ten compasión de este pecador”.

Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Reflexión del Evangelio de hoy

“¡Volvamos al Señor!”

Ya en los profetas del AT, el tema de la misericordia del Señor es claro. Vemos cómo el pueblo peca, se va detrás de otros dioses, da la espalda a Yahvé, que se enfada, les castiga, pero el pueblo tiene conciencia clara de que los enfados y los castigos de Yahvé no son eternos. Lo que sí es eterna es su misericordia. “¡Ea, volvamos al Señor! Él nos desgarró, él nos curará; él nos hirió, él nos vendará. En dos días nos sanará, al tercero nos resucitará y viviremos delante de él”. Lo que quiere Yahvé más que holocaustos y sacrificios es la conversión de corazón y, ante un corazón arrepentido, siempre responde con su amor, su perdón, su misericordia. “Porque quiero misericordia y no sacrificios”. Cuando llegue Jesús y sea acusado de perdonar a los pecadores invocará esta misma frase. Jesús, el Hijo de Dios, prefiere perdonar a castigar. Este es siempre el comportamiento de Dios con nosotros sus hijos. Siempre va a tener la mano levantada para perdonar nuestros desvaríos e incongruencias. Este debe ser también nuestro comportamiento ante las ofensas de los hermanos. El Papa Francisco en su exhortación sobre la alegría del evangelio dice: “A los sacerdotes les recuerdo que el confesonario no debe ser una sala de torturas sino el lugar de la misericordia del Señor que nos estimula a hacer el bien posible”.

“¡Oh Dios!, te compasión de este pecador”

Nos guste o no nos guste, no somos impecables, somos personas que pecan, que no siempre, en todo momento, somos fieles a la promesa libre de seguir a Jesús en todas sus sendas. El Papa Francisco lo suele repetir, poniéndose en primer lugar, diciéndonos que él es también pecador. Dioses no hay más que uno. Todos los demás somos humanos, limitados, pecadores. Ciertamente que no todos somos “ladrones, injustos, adúlteros”. Hay pecados veniales y pecados mortales. Pero ninguno de nosotros puede presentar su hoja en blanco en pobreza de espíritu, en mansedumbre, en limpieza de corazón, en trabajar por los pobres y la justicia... Nadie puede pronunciar las orgullosas palabras de fariseo. Todos, en un grado mayor o menor debemos repetir sinceramente con el publicano: “¡Oh Dios!, te compasión de este pecador”. Sabiendo que nuestro Padre Dios está dispuesto a perdonarnos setenta veces siete, y que siempre nos va a seguir ofreciendo su ternura y su amor.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Dom
30 Mar

Homilía de IV Domingo de Cuaresma

Año litúrgico 2013 - 2014 - (Ciclo A)

“¡Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz!”

Introducción

En lo que llevamos del tiempo de Cuaresma, las lecturas evangélicas, extraídas de los sinópticos, han ido haciendo hincapié en las distintas actitudes relativas a la conversión. A partir de este cuarto domingo, los textos evangélicos proclamados en la liturgia (del evangelio de Juan) dan un giro: nos muestran a Jesús en su lucha contra el mal, y cómo la oposición de sus adversarios es creciente. Jesús, en las diferentes acciones y signos, va mostrando su identidad: él es el Mesías esperado, el Señor; pero no un Mesías triunfante y poderoso al estilo de los reyes y los grandes de la tierra, sino el siervo sufriente en el que se hace densa y plena la presencia salvífica de Dios.



Fr. Moisés Pérez Marcos O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del primer libro de Samuel 16, 1b. 6-7. 10-13a

En aquellos días, el Señor dijo a Samuel: «Llena tu cuerno de aceite y ponte en camino. Te envío a casa de Jesé, el de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí». Cuando llegó, vio a Eliab y se dijo: «Seguro que está su ungido ante el Señor». Pero el Señor dijo a Samuel: «No te fijas en su apariencia ni en lo elevado de su estatura, porque lo he descartado. No se trata de lo que vea el hombre. Pues el hombre mira a los ojos, más el Señor mira el corazón». Jesé presentó a sus siete hijos ante Samuel. Pero Samuel dijo a Jesé: «El Señor no ha elegido a estos». Entonces Samuel preguntó a Jesé: «¿No hay más muchachos?». Y le respondió: «Todavía queda el menor, que está pastoreando el rebaño». Samuel le dijo: «Manda a buscarlo, porque no nos sentaremos a la mesa mientras no venga». Jesé mandó a por él y lo hizo venir. Era rubio, de hermosos ojos y buena presencia. El Señor dijo a Samuel: «Levántate y úngelo de parte del Señor, pues es este». Samuel cogió el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. Y el espíritu del Señor vino sobre David desde aquel día en adelante.

Salmo

Salmo 22, 1-3a. 3b-4. 5. 6 R/. El Señor es mi pastor, nada me falta

El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar, me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas. R/. Me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan. R/. Preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa. R/. Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por los años sin término. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 5, 8-14

Hermanos: Antes erais tinieblas, pero ahora, sois luz por el Señor. Vivid como hijos de la luz, pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz. Buscad lo que agrada al Señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien denunciándolas. Pues da vergüenza decir las cosas que ellos hacen a ocultas. Pero, al denunciarlas, la luz las pone al descubierto, descubierto es luz. Por eso dice: «Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará».

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 9, 1. 6-9. 13-17. 34-38

En aquel tiempo, al pasar, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Entonces escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)». Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: «¿No es ese el que se sentaba a pedir?». Unos decían: «El mismo». Otros decían: «No es él, pero se le parece». El respondía: «Soy yo». Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó: «Me puso barro en los ojos, me lavé y veo». Algunos de Los fariseos comentaban: «Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado». Otros replicaban: «¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?». Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: «Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?». Él contestó: «Que es un profeta». Le replicaron: «Has nacido completamente empecatado, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?». Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?». Él contestó: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?». Jesús le dijo: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ese es». Él dijo: «Creo, Señor». Y se postró ante él.

Pautas para la homilía

En todas las lecturas encontramos la temática de la mirada, del saber ver, del aprender a mirar, de la luz.

Dios no ve como los hombres, que ven la apariencia; el Señor ve el corazón

En la lectura del libro de Samuel, Dios orienta al profeta para que sepa identificar al ungido rey: Dios no ve como los hombres, que ven la apariencia; el Señor ve el corazón. Samuel no unge a los hijos de Jesé más notables, ni a los más aparentes, sino al pequeño, al pastor, que ni siquiera estaba en casa durante la visita del profeta. Samuel unge a David, pero no porque sea de buena estatura y presencia (también lo eran sus hermanos) sino porque tiene previsto habitar en él con su Espíritu. Lo relevante de David es que se convertirá en presencia del Espíritu de Dios, que lo acompañará desde el momento de la unción.

La idea conecta con la lectura evangélica: Jesús será el ungido de Dios, el Mesías. La presencia del Espíritu en él supera a la que hay en David, porque Jesús, como sabe reconocer el ciego, que se postra ante él al final del relato, es la presencia del mismo Dios.

La fuente de Siloé

La mención del evangelista Juan a la fuente de Siloé sugiere un paralelismo entre el templo y Jesucristo. Es conveniente que al menos el predicador lea el texto completo del capítulo 9, pues en la liturgia el texto aparece gravemente mutilado. Jesús manda al ciego a lavar el barro que le ha puesto en los ojos a la fuente de Siloé. En la fiesta de los Tabernáculos o de las Tiendas, una de las más importantes para los judíos, se recordaba el peregrinar por el desierto y la multitud de dones ofrecidos por Dios (nuestra cuaresma está también íntimamente relacionada con ese peregrinar y ese agradecimiento por lo recibido). Uno de los rituales de la celebración consistía en coger agua de la fuente de Siloé y derramarla sobre el altar de los sacrificios del Templo, para simbolizar así la presencia del Espíritu. Jesús cura al ciego, que ahora es capaz de ver, no solamente lo superficial, sino también lo profundo, pues reconoce la presencia del Espíritu en Jesús, al que declara Señor y ante el cual termina postrándose.

El gesto del barro

La actitud del que era ciego contrasta con la de algunos de los fariseos, que siguen sin poder ver. Sujetos a su modo acostumbrado de entender las cosas acusan a Jesús de no venir de parte de Dios, precisamente por haber hecho barro en sábado, algo expresamente prohibido. El gesto del barro recuerda al gesto de la creación del hombre: Jesús está re-creando al ciego, dándole una nueva vida, una visión. Lo importante es saber reconocer la presencia del Espíritu, que actúa más allá de los preceptos religiosos de toda índole: Dios crea la oportunidad de una nueva vida en cada instante. Solamente hay que saber reconocer a Jesús, ver en él la presencia salvífica de Dios, poner en él nuestra vida.

Se da un contraste interesante entre el ciego de nacimiento, que se supone pecador según la mentalidad de aquella época, y los fariseos, que eran una especie de santos profesionales y escrupulosos cumplidores de todos los preceptos. Es el supuesto pecador el que, una vez sanado o re-creado por Jesús, saber ver en él al Señor; es en el supuesto pecador en quien, como dice el propio Jesús, se revela la acción de Dios (9,3), y no en los fariseos. Jesús una vez más hace nuevas todas las cosas: el ciego resulta salvado y, tras ser expulsado por los fariseos, se convierte en seguidor de Jesús; los fariseos, supuestos santos, son realmente pecadores, pues diciendo que ven no son capaces de reconocer a Jesús: vuestro pecado permanece (9,41), les dice. Jesús es signo de contradicción: he venido a este mundo a entablar un juicio, para que los ciegos vean y los que vean queden ciegos (9,39).

Pecado y bondad

Existe en el texto de la carta a los efesios una dialéctica parecida entre pecado y bondad, pero esta vez expresada en términos de oscuridad y tinieblas. De noche todos los gatos son pardos: es el lugar de la confusión, del equívoco, de hacer pasar lo bueno por malo y lo malo por bueno. La luz, sin embargo, pone de manifiesto la injusticia, la maldad y la mentira. Los cristianos no solamente han recibido la luz para caminar de modo agradable a Dios; además deben ser luz: ahora sois luz, dice san Pablo. Por el Espíritu que habita en nosotros desde el bautismo somos capaces de lo justo, de lo bueno y de lo verdadero, pues tales son los frutos de la luz. Jesús obró en el ciego de nacimiento la re-creación y le concedió la visión, la vista, tras aclararse los ojos con las aguas de Siloé que significan el Espíritu. Nuestro pecado ha sido borrado por Jesús con las aguas de nuestro bautismo, y nos ha hecho hombres y mujeres nuevos. David fue ungido con el aceite para que el Espíritu penetrara en él. Nosotros somos también ungidos en nuestro bautismo. Agua y aceite, el Espíritu, en definitiva, que nos abre las puertas de una vida nueva. Quizá seamos pequeños, como lo era David, pero el Espíritu que habita en nosotros nos permite reconocer en Jesús al Señor, nos permite amar con su amor. De la muerte y las tinieblas somos llamados a la vida y a la luz. Por eso san Pablo cita lo que probablemente era un texto utilizado en el bautismo: Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz.

Quizá como le pasa a Jesús nuestro camino hacia la Pascua vaya llenándose de dificultades y opositores, pero hemos de ser conscientes de que la fuerza para recorrer ese camino nos viene de otro: hemos de estar abiertos a su acción, hemos de ser dóciles y obedientes a sus impulsos. Es Dios, con el Espíritu, el que mediante Jesús nos ha capacitado para recorrer ese camino hacia Él.



Fr. Moisés Pérez Marcos O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Evangelio para niños

IV Domingo de Cuaresma - 30 de marzo de 2014



Curación del ciego de nacimiento

Juan 9, 1-41

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Jesús escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: -Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado). El fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: -¿No es ése el que se sentaba a pedir? Unos decían: - El mismo Otros decían: No es él, pero se le parece. El respondía: -Soy yo. Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. (Era sábado el día que Jesús hizo el barro y le abrió los ojos.) También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. El les contestó: -Me puso barro en los ojos, me lavé y veo. Algunos de los fariseos comentaban: -Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado. Otros replicaban: -¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos? Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: -Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos? El contestó: -Que es un profeta Le replicaron: -Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros? Y lo expulsaron. Oyo Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: -¿Crees tú en el Hijo del hombre? El contestó: - ¿Y quién es, Señor, para que crea en él? Jesús le dijo: -Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es. El dijo: -Creo, Señor. Y se postró ante él.

Explicación

En una ocasión Jesús se topó con un ciego de nacimiento. Jesús hizo barro se lo untó en los ojos y le mandó lavarse. El fue y volvió viendo. También en nuestro bautismo nos lavaron los ojos del alma para poder ver a Jesús y para creer en él. Por el bautismo tenemos la luz que nos ilumina en nuestro camino.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA – “A”(Jn. 9, 1-41)

NARRADOR: En aquel tiempo, al pasar Jesús vio un hombre ciego de nacimiento, que pedía limosna.

CIEGO: ¡Una limosna para este pobre ciego de nacimiento! ¡Por piedad, una limosna!

DISCÍPULO: Maestro ¿quién pecó, éste o sus padres para que naciera ciego?

JESÚS: Ni pecó éste ni sus padres. Es ciego para que todos sepan que to soy la luz del mundo.

NARRADOR: Jesús llega hasta el ciego, se inclina, escupió en la tierra, hizo barro y se lo puso en los ojos.

JESÚS: Amigo, ve a lavarte a la piscina de Siloé.

DISCÍPULO: Maestro ¿en quién confía el ciego para obedecerte?

¿En ti o en la medicina?

JESÚS: Ha confiado en mí, eso le curará. Vámonos, que nos esperan.

NARRADOR: El ciego fue, se lavó y volvió con vista.

CIEGO: ¡Veo...! ¡Veo...! ¡Veo...! ¡Veo...!

NARRADOR: Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban:

VECINO: ¿Es ése el que se sentaba a pedir? Se le parece mucho.

CIEGO: ¡Sí, sí, sí... soy yo!

VECINO: ¿Y cómo es que ahora ves?

CIEGO: Ese hombre al que llaman Jesús, hizo barro, me lo puso en los ojos, dijo que fuera a Siloé a lavarme, me lavé, y ya veo.

VECINO: ¿Dónde está él?

CIEGO: No lo sé.

NARRADOR: Los vecinos llevaron ante los fariseos al que había sido ciego.

VECINO: Sacerdotes, Fariseos, hoy es sábado y un tal Jesús ha curado a este ciego de nacimiento.

SACERDOTE: ¿Cómo ha sucedido?

CIEGO: Me puso barro en los ojos, me lavé y veo.

SACERDOTE: Si viniera de Dios guardaría el sábado. Todo el que diga que Jesús es el Mesías, será expulsado de la sinagoga ¿Y tú, ciego, que piensas de él?

CIEGO: Seguro que es un Profeta.

NARRADOR:El enfado de los sacerdotes iba a más. Veían que más y más gente creían en Él

SACERDOTE: Éste nos toma el pelo. ¡Llamad a sus padres!

PADRES: Sabemos que es nuestros hijo, y que nació ciego... Pero no sabemos quién le ha curado y por qué. Preguntádselo a él. ¡Ya es mayorcito!

SACERDOTE: Tú, ¡contesta! ¿Por qué ves ahora?
Confiesa que Jesús es un pecador.

CIEGO: Si es un pecador, no lo sé. Sólo sé que era ciego y ahora veo.

SACERDOTE: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?

CIEGO: Os lo he dicho ya. ¿Es que queréis ser discípulos suyos?

SACERDOTE: ¡Eso lo serás tú! Nosotros somos discípulos de Moisés. A Moisés le habló Dios. Pero éste...
¿de dónde viene?

CIEGO: Vosotros decís que Dios no escucha a los malos, sino a los buenos. Si Jesús no viniera de Dios... ¡No podría hacer milagros!

SACERDOTE: Te crees muy listo, y estás lleno de pecado. ¡Fuera de la Sinagoga, fuera! ¡Ya no eres judío!

NARRADOR: Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo:

JESÚS: ¡Oye, escucha! ¿Crees en el Hijo del Hombre?

CIEGO: ¿Y quién es, Señor, para que crea en él?

JESÚS: Lo estás viendo. Es el que habla contigo.

CIEGO: Creo, Señor.

JESÚS: Para un juicio he venido yo al mundo: para que los que no ven, vean y los que ven, se queden ciegos.

SACERDOTE: ¿También nosotros estamos ciegos?

JESÚS: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero, como decís que veis, vuestro pecado sigue ahí.

PALABRA DEL SEÑOR

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández